

"Su tono irónico y un poco gamberro me ha resultado de lo más refrescante."

LUCÍA HERRERO, AUTORA

Un perfume,
una sonrisa y
un beso...

UN RELATO DE
MACA FERREIRA

Un perfume,
una sonrisa y
un beso...

MACA FERREIRA



Copyright © Maca Ferreira (Mara Macbel)

Obra Registrada sin ánimo de lucro.

Safe Creative: 1409232122235

Edición actual: Octubre 2018

Primera edición: (Participación en antología Sinfonías de Navidad) Diciembre 2014

Diseño interior y portada: Macarena Ferreira

Los personajes y acontecimientos reflejados en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Las marcas y lugares mencionados pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre su propiedad.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del Copyright.

Este relato es de difusión gratuita cedido por la autora para sus lectores.

«La navidad es el calor que envuelve el corazón de las personas, la generosidad de compartir con otros y la esperanza de seguir adelante, creyendo en los demás».

Valencia. Miércoles 24 de Diciembre - 20:30h.

¿Puede haber algo más patético que encontrarse trabajando el día de nochebuena, a última hora de la tarde, sabiendo que tu turno ha acabado hace media hora y que, por decisión del nuevo gerente, te tienes que quedar hasta que los últimos clientes hayan salido por la puerta de los grandes almacenes?

Sí. Lo hay.

Si a esto le sumamos el resto de sucesos que componen mi penosa situación, llegaréis a entender el porqué de mi cara de acelga, mientras espero a que el chico que lleva diez minutos en mi sección se decida por uno de los perfumes que le he ofrecido.

Hace escasos tres días, mientras me encontraba en casa de mi abuela ayudando a mi madre a preparar el arroz para las catorce bocas sin fondo que componen la reunión familiar de cada domingo, a mi madre se le ocurrió una idea estupendísima —nótese mi tono de ironía— mientras se peleaba con la cabeza de una gamba rebelde que le había plantado cara, dispuesta a pelear con bigotes y cola por no sufrir el mismo cruel destino que sus compañeras de caja y terminar formando parte de la paella que hervía al fuego. La idea en cuestión la fue cocinando lentamente en su cabecita, hasta que, sentados todos alrededor de la gran mesa del comedor, la lanzó como si de una bomba antipersona se tratase. Os aseguro que el revuelo que se formó me hizo pensar que mi familia o bien se aburre mucho, o su vida social se resume a estas comidas de domingo... Que sí. A ver, que está estupendo querer pasar las navidades todos juntos y en familia, pero mi prima Laura hasta lloró de la emoción cuando, por mayoría aplastante y con un solo voto en contra (el mío), ganó el «sí» a pasar las navidades en la casa rural de unos amigos de mis padres en Cangas de Onís, Asturias.

Y no es que yo tenga complejo de duendecillo malvado que destroza los planes de navidad de los demás ni nada de eso, pero si lo hubiesen organizado con algo más de tiempo, podría haber intentado cambiar los turnos en el trabajo o inventarme alguna excusa para poder ir con ellos. Evidentemente, a esas alturas de la película ya no podía decirle a mi nuevo jefe que necesitaba vacaciones. Así que aquí me encuentro, contestándole a escondidas a Lidia por wasap para avisarla de que me voy a retrasar. Porque soy triste, pero no tanto como para cenar en casa sola esta noche y todo es gracias a que mi amiga se ha apiadado de mí y me ha invitado a la cena familiar en casa de sus tíos.

—¿Qué tal? ¿Se ha decidido ya? —Me acerco hastiada de nuevo al cliente que sigue apoyado en el mostrador, olisqueando los dos botes. El mareo que tiene que tener después de todo el rato que lleva haciendo lo mismo le va a ahorrar tener que beber esta noche, seguro.

—Um... Si fuera para usted, ¿cuál elegiría? —me consulta alzando la cabeza y mirándome.

Aquí está la preguntita de marras... Todos los clientes varones suelen dudar sobre lo mismo cuando vienen a comprar perfumes femeninos para regalar, como es el caso de mi amigo el «olisqueador», que dicho sea de paso, tiene una pinta bastante aceptable. Traje de chaqueta a medida, pelo ligeramente engominado hacia atrás con un largo muy sexy, ojos penetrantes, labios delineados y una fila de dientes blanquísimos que deja ver al hablar o al ponerse el dedo en los labios mientras piensa. Las manos también son muy bonitas: grandes, fuertes, masculinas y viriles... ¡Vale, sí! Lo admito. Le he estado escaneando, pero solo un poquito.

—Pues eso es algo muy personal y no conozco a quien se lo va a regalar.

«Y me quiero ir ya a cenar con una familia que no es la mía», añado mentalmente.

—Pero si fuera para usted... —insiste, y mi mente ilógica piensa que lo mismo me lo termina regalando a mí, como una especie de amigo invisible desconocido. Soy absurda.

—Alien, aunque como ya le he dicho antes, es algo muy particular e íntimo.

—Entonces ese es el que quiero. —Lo señala—. Voy a llegar tarde como siga sin decidirme y usted parece tener buen gusto. —Me guiña un ojo.

Comprendo que su nivel de desesperación por terminar con el regalo ha llegado a límites extremos, porque si por mi aspecto actual ha deducido que tengo buen gusto, apaga y vámonos. Mi uniforme es el satanás de cualquier diseñador de moda. La cosa más fea que he podido ver en mi vida, lo juro.

Mientras le cobro y se lo envuelvo para regalo, decorándolo con una bonita moña navideña en la esquina, él escribe en su teléfono a una velocidad de vértigo. ¡Guau! Qué dominio de los pulgares... Mi mente enferma y calenturienta empieza a imaginar otras situaciones en las que sus dedos participan con esa fluidez y destreza, y me sonrojo sin poder remediarlo cuando, mentalmente, lo he encerrado en el cuartito de los materiales de oficina y me he colgado de él de un salto, devorando su bonita boca.

Cuando mi cara ha adquirido la temperatura de la lava volcánica en erupción y un color casi reflectante, él levanta su cabeza, guarda el teléfono en el bolsillo y me sonrío. Es entonces cuando mi mente sale corriendo detrás de mi ropa interior, que ha huído por detrás del mostrador, asustada ante la idea de ser carbonizada.

—¿Listo? —me pregunta divertido, observando mi cara con una sonrisa muy sexy.

—Eh... Sí, sí —balbuceo—. Aquí tiene. Espero que le guste a... —¿Su novia? ¿Su esposa? ¿Su madre? Joder, soy imbécil—. A quien se lo regale.

—Gracias, feliz navidad.

«¡Vuelve!» sollozo mentalmente, viéndolo salir y perderse entre la multitud de la calle.

Valencia. Miércoles 24 de Diciembre - 22:58h.

—Lo siento, lo siento... —suplico nada más bajarme del coche y encontrarme con Lidia en la esquina en la que habíamos quedado—. No he podido salir antes. ¡Odio a mi jefe! Es la perfecta adaptación del Grinch...

—No te preocupes, cielo. —Me sonrío y me ayuda con las bolsas—. Venga, vamos.

Entramos en un chalet que está a un par de calles de dónde he aparcado y, en una maniobra digna de Tom Cruise en Misión imposible, sorteamos cualquier ojo curioso, metiéndonos en una habitación para poder cambiarme y no tener que desfilas con el saco de patatas que llevo puesto por uniforme.

A los pocos minutos la misión está cumplida. Creo que nunca en mi vida me había vestido y maquillado tan rápido como hoy, pero la verdad es que no quiero que la familia de mi amiga piense que soy una desagradecida que, encima que viene a robarles su comida, bebida y momentos de intimidad familiar, llega tarde y los hace esperar. No he podido evitar imaginármelos con sus flechas y hachas preparadas para atacar, en plan caza de orcos. Sí, mi madre siempre me ha dicho que tengo mucha imaginación y no le quito ni un poquito la razón.

Cuando llego al salón observo la estampa que ofrecen todos y sonrío, imaginando cómo estará mi familia en Asturias. Un par de niños corretean cerca de la chimenea mientras una mujer va detrás de ellos; unos cuantos adolescentes hablan en uno de los sofás y comen a escondidas de los mayores, y el resto anda desperdigado por las diferentes zonas de esta inmensa habitación. Pero de repente me quedo petrificada al terminar mi barrido ocular... ¿Qué hace él aquí? No parece haberse percatado de mi presencia, pues sigue hablando con la chica rubia que tiene delante, muy mona por cierto, pero yo me he quedado en plan gárgola y solo reacciono cuando escucho a Lidia que, a mi lado, pronuncia un nombre presentándome a su tío abuelo.

—Encantada de conocerle, Rafael. —Me acerco y le doy dos besos.

Se trata de un señor mayor con una pinta de bonachón increíble. A mí solo con la boina que luce ya me ha ganado... Adoro a los abuelitos, me producen mucha ternura.

—Encantado estoy yo, linda. Bienvenida a mi casa. Todo lo que hay en ella está a tu disposición.

—Muchísimas gracias, es usted muy amable invitándome a pasar la noche de hoy con su familia —le digo sincera, intercambiando unas cuantas frases más con él.

¡Qué mono es el tío Rafael!

Instantes después sé que alguien se nos ha acercado, pues noto una presencia en mi espalda, erizándome el vello de la nuca.

—Rafael, la tía Marta le necesita en la cocina —explica el recién llegado. Sin duda sé de quién se trata.

El anciano se despide de nosotras y yo me doy la vuelta, esperando que mi amiga haga las presentaciones oportunas con mi mejor sonrisa.

¿Se acordará de mí ahora que no llevo el horrible uniforme? ¿Cómo se llamará? —me pregunto, observándole—. Le pega Alberto, o quizás Diego. Sí, tiene cara de Diego.

—Daniela, te presento a mi primo Bonifacio.

¡¡¿Qué?!!

Al escuchar el nombrecito de mi amigo el olisqueador estallo en una carcajada escandalosa sin poder hacer nada por evitarlo. ¡Dios! Qué maldad... Bonifacio. ¿No había un nombre más horroroso? Creo que yo lo llamaré cariñosamente Oli.

Lidia me mira seria y él me observa sin un ápice de diversión en su cara.

Oh, oh. La he liado.

—¿Puedo saber qué es exactamente lo que te hace tanta gracia?

Mierda.

—Ah, no... Nada, nada. —Me quiero morir—. Es que he... he recordado algo que... Yo...

Ahora es él quien rompe a reír y yo me quedo con cara de póquer mirando cómo mi amiga y su primo se carcajean en mi cara.

¿Hola...? Quiero saber el chiste.

—¡Has picado! —Lidia me señala con un dedo, riéndose.

Si pudiera expresarme con un icono, éste sería la carita con la gotita en la frente totalmente abochornada, sin duda alguna.

—Me llamo Víctor —aclara él y me sonrío, acercándose a mí y recuperando la compostura.

—Da... Daniela.

¡Serán capullos!

Pero mis instintos asesinos se esfuman cuando acorto la distancia que queda entre nosotros, le doy dos besos en sus mejillas rasuradas y huelo su piel. Porque sí, podrá ser un tópico que los chicos guapos huelen bien, pero os aseguro que trabajando en la sección de cosmética y perfumería de unos grandes almacenes, entiendo de olores. Y Víctor huele endemoniada, jodida e irresistiblemente bien.

La cena transcurre de manera distendida. Risas, comida, anécdotas, brindis, historias compartidas... Pero sí que he podido observar una pequeña confrontación entre Víctor y otro chico llamado Mateo, que casualmente está sentado frente a mí. He alcanzado a comprobar en mis barridos oculares por la mesa, en los que la zona más visitada por mis ojos ha sido la de Víctor, las miradas

asesinas que le ha estado lanzando Mateo durante toda la cena y los comentarios murmurados e hirientes que ha proferido cada vez que éste tenía el turno de palabra.

¿Qué ocurrirá entre ellos? Ahora me puede la curiosidad y me apetece salir a fumarme un cigarrillo al jardín con Lidia para poder preguntarle. Ella parece leerme el pensamiento y, aprovechando que están preparando los postres en la cocina, me agarra del brazo y salimos fuera.

—¿Estás bien? —me pregunta pasándome el mechero—. ¿Te sientes cómoda?

—Sí, tu familia es encantadora —admito y ciertamente pienso que es verdad.

No hace demasiado tiempo que conozco a Lidia, apenas seis meses, pero reconozco que me he sentido como en casa.

—No he podido evitar darme cuenta de que no hay muy buena relación entre Mateo y Víctor, ¿no?

—Tuvieron un problema con la ex mujer de mi primo Víctor y desde entonces la cosa está tirante. Intentan mantener un trato cordial por la familia, ya sabes, no dejan de ser primos, pero no están demasiado en sintonía.

¿Ex mujer? Vaya, es divorciado. Y hablando del Rey de Roma...

—Lidia, tu madre te necesita para desmoldar el flan.

—Anda... Te han elegido hoy para ser el recadero, ¿eh? —bromea y le pasa el cigarrillo recién empezado—. Vic, no pierdas de vista a la invitada, por favor.

Me guiña un ojo y se marcha hacia dentro de la casa, dejándome sola con él. Vuelvo la mirada hacia el jardín, apoyada como estoy en la barandilla de la terraza, y exhalo el humo que he retenido en mis pulmones durante un momento.

—Te han entretenido mucho en el trabajo, ¿no? —me pregunta guasón, haciendo que gire la cabeza y no pueda evitar sonreírle—. No soporto a la gente que deja para última hora las compras navideñas teniendo todo un año para hacerlas, ¿y tú?

—Los detesto —le sigo el juego—. Se pasan un buen rato para decidirse por algo y luego si te he visto no me acuerdo. Ni un número de teléfono, ni un correo electrónico, ni un «me ha encantado conocerte», nada... —coqueteo con él, pues el vino de la cena ha dado sus frutos en forma de leve embriaguez y la poca vergüenza que tengo normalmente se ha esfumado.

—Hay que ver... No tienen consideración. —Se acerca un poco más a mí y le da una calada al cigarrillo que le ha dejado Lidia, sin dejar de mirarme.

—El caso es que hoy he tenido un cliente especialmente interesante. —Le miro y pongo mi mejor cara de seducción, controlando mis labios, mis ojos y mi expresión.

—¿Ah, sí? —Sonríe.

—Ajá.

—Cuéntame.

—Pues ha llegado cuando faltaba poco para el cierre, se ha pasado veinte minutos dando vueltas por la sección de complementos sin encontrar nada que le gustase y, finalmente, me ha tocado atenderle a mí y esperar a que se decidiese por un perfume para otra mujer.

Se da la vuelta y descansa la cadera en la barandilla en la que yo tengo los antebrazos apoyados, sintiendo el calor que emana su cuerpo en el frío de la noche.

Estamos muy cerca.

—Parece que te has fijado bien en ese cliente —comenta con un tono más grave e íntimo.

—No todos los días una tiene la suerte de ver a alguien así.

—¿Alguien así? ¿Cómo era? Dame detalles, Daniela —me provoca.

—Era muy masculino... —Me doy la vuelta, quedándome frente a él—. Educado... —Acerco mis manos a las solapas de su chaqueta, aferrándome a ellas y notando como las manos de él se apoyan en mis caderas, mientras mi pecho se pega a su torso—. Irresistiblemente guapo y atractivo... —Mis ojos se quedan fijos en sus labios, observando cómo su lengua se pasea por ellos, mojándolos—. Muy sexy. Me hubiese encantado pod...

No me deja terminar la frase cuando impacta sus labios contra mi boca, agarrando con sus manos mi cara, haciendo que cierre los ojos y responda a su beso.

Siento su respiración acompasada con la mía, mientras nos devoramos en un baile de lenguas hambrientas que dura segundos, puede que horas o quizá minutos. No lo sé, porque para mí el tiempo se ha parado en el momento en el que he sentido cómo su piel entraba en contacto con la mía, perdiéndome en su sabor y en el movimiento de su lengua en mi interior, explorándome.

Su garganta emite un gruñido que se pierde en mi boca cuando me pego aún más a él, moviendo mi cintura en un pequeño círculo, lo que hace que note su erección aprisionada en sus pantalones, exigiendo ser liberada y presionándose a la altura de mi ombligo de manera insistente. Mientras, sus manos han viajado a mi trasero y se aferran a él, apretándome contra su cuerpo. Lo necesito. Mucho.

Muerde mi labio y se separa unos milímetros de mí, apoyando su frente contra la mía, con la respiración agitada a causa de la excitación que nos invade a ambos en este momento.

—Vayamos dentro —me pide, y sé que no se refiere a continuar con la fiesta familiar.

—Está bien. —Retiro mis manos de su cuerpo y suspiro, anhelando su contacto inmediatamente, observando cómo él se recoloca el pantalón para poder entrar sin llamar demasiado la atención.

Todo parece ir demasiado deprisa y al volver dentro intentamos disimular, entrando uno detrás de otro sin mantener ningún tipo de contacto, pero nuestros planes se ven truncados cuando el

entrañable y poco oportuno tío Rafael nos intercepta y agarra a su sobrino del brazo, alegando necesitar ayuda con la partida de chinchón.

Sí, esto es surrealista.

Valencia. Jueves 25 de Diciembre - 13:10h.

Mi móvil suena encima de mi mesita de noche y maldigo a quien haya osado molestarme un día festivo. ¡No quiero saber nada de nadie! Y menos después del fin de fiesta de ayer.

Escondo de nuevo la cabeza bajo la almohada, dispuesta a ignorar los mensajes que continúan sonando.

Después de que el adorable tío de Lidia nos chafara nuestra buena acción navideña en horizontal, tuve una interesante charla con Mateo, el chico que había estado toda la cena matando a Víctor con la mirada. La verdad es que me pareció un poco chulo y engreído desde que se acercó a mí junto a la chimenea, pero cuando la conversación derivó a Víctor y me dijo que tuviera cuidado, pues había indicios de que se había propasado con su ex mujer, me quedé a cuadros. ¿Cómo era posible que hablásemos de la misma persona? Cierto es que apenas lo conozco, pero joder, para nada me pareció alguien agresivo o maltratador. ¿Y el resto de su familia lo sabía?

Mateo me contó que en una reunión familiar ella acudió a él para explicarle lo que le pasaba y pedirle consejo, ya que no sabía qué hacer con la situación. Me dijo que estaba desesperada y, por lo que se ve, Mateo se enfrentó a su primo por ella. Desde entonces no se hablan, aunque no sé qué ocurrió con la chica porque cuando le pregunté contestó con evasivas y no llegó a dejarme nada claro.

Fue entonces cuando decidí que era momento de irme a casa y meterme en mi cama. Bastante tenía yo ya con mi pasado nefasto en cuanto a relaciones como para complicarme aún más. ¿Por qué siempre me salen rana? Es que no lo entiendo...

Cuando me armo de valor y miro mi móvil, hay mensajes que se suceden uno detrás de otro, de un número que no tengo guardado. Es él.

«Jo, jo, jo... ¡Feliz navidad preciosa! ¿Te apetece quedar hoy? Víctor.»

«Te fuiste sin poder despedirme, mi chica de los perfumes.»

«Espero que mi prima Lidia me haya dado bien el número. ¿Daniela?»

«¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Sigues viva?»

Suspiro cuando termino de leerlos. ¿Qué clase de persona pregunta si sigo viva? Parece que Víctor sí. Miro el teléfono desconfiada... ¡Dios, mi cabeza es una olla a presión a punto de estallar! Entre esto y la resaca que tengo ya no sé qué pensar.

Toda esta situación me produce una desconfianza brutal, pero ¿me voy a dejar guiar por lo que Mateo me contó sin otorgarle el beneficio de la duda a Víctor?

Joder. ¡No sé qué hacer!

Valencia. Sábado 27 de Diciembre - 16:05h.

Acabo de iniciar mi turno de trabajo y preveo que el día va a ser de lo más movidito por las últimas compras navideñas, pero de momento la afluencia de clientes parece ser escasa, así que me pongo a revisar las notificaciones que tengo en el teléfono cuando un olor que me es recientemente familiar llega hasta mis fosas nasales.

Levanto lentamente la cabeza y ahí está, delante de mí con su imponente y atractiva presencia.

—Ya veo que tu teléfono funciona bien —me recrimina con gesto serio y una ceja levemente alzada.

—Así es —contesto escueta sin amilanarme.

—Daniela, ¿podemos hablar?

Su tono de voz suena más calmado y le pido a mi compañera que me cubra durante unos minutos, en los que me llevo a Víctor hacia la sala de descanso de personal, que en este momento se encuentra vacía.

—Tú dirás... —Lo miro y me apoyo en el sofá.

Joder, no me mires así que me desmontas los planes. Que yo estaba muy segura de todo. O de nada, en realidad.

—¿Puedes explicarme qué es lo que ha ocurrido para que el otro día estuvieras dispuesta a acostarte conmigo y ahora no quieras ni contestar a mis mensajes? ¿Es que te he hecho o dicho algo que te haya molestado? Porque si es así lo siento, pero necesito saber qué ha pasado para saber a qué atenerme.

—No ha pasado nada.

—No te creo.

—Me importa bien poco lo que creas o no, Víctor. Ya te he dicho que no pasó nada. Decidí irme y eso fue todo. Lo que ocurrió en la terraza fue un error —me envalentono y al momento me arrepiento.

Me mira dolido y furioso y se da media vuelta, dándome la espalda y pasándose la mano por el pelo. Yo le observo sin moverme de mi sitio, apoyada en el respaldo del sofá. Tras unos segundos en los que ninguno de los dos dice nada, Víctor se me acerca y habla a escasos centímetros de mi rostro.

—Dime la verdad. Lo que pasó no fue un error, lo sé. Dime la verdad, Daniela, por favor, porque tengo mis sospechas pero necesito que me lo digas —ruega.

—Lo he hecho Víctor. Te he dicho la verdad. Márchate por favor, tengo trabajo. —Hago el intento de moverme pero su mano en mi cintura me lo impide.

Tiemblo con su contacto y él lo nota.

—¿Me tienes miedo? —Me mira incrédulo y al momento parece haber confirmado sus sospechas—. Mateo —pronuncia sin más y yo asiento, mordiéndome el labio inferior.

—Has tomado una decisión sin conocer las dos partes de la historia, Daniela. —Su mirada deja entrever una mezcla de dolor y decepción—. Sofía jugó con los dos. Yo nunca le puse una mano encima a mi mujer. Nunca tocaría a una mujer de ese modo. Tienes que creerme... —Me mira y me parece ver en sus ojos que está siendo sincero.

—Lo... Lo siento, Víctor —me disculpo y no soy capaz de mirarlo a la cara—. Entiende que no te conozco de nada y esta situación me supera. Estoy asustada.

—A Mateo tampoco lo conoces de nada.

—Lo sé —al escuchar sus palabras me siento injusta.

—¿Por qué creerle a él y a mí no? —cuestiona dolido.

—No lo sé.

Pero sí que lo sé y es porque vuelvo a temer salir dañada de cualquier modo en una relación. Pero mientras mi mente se debate entre lo que siento que creo y lo que debería creer, al mirarlo sé que es inocente. Creo a Víctor. Sus ojos no pueden estar mintiendo y sin embargo, Mateo nunca me acabó de convencer.

—Te creo.

Me mira desconfiando de mis palabras.

—Te creo, Víctor. Creo que no le hiciste daño a tu ex mujer como me hizo pensar Mateo. Siento haber...

Me interrumpe cuando sus manos se aferran a mi nuca y su cuerpo se pega al mío, a la vez que suelta todo el aire que contenía en forma de lamento. Parece haberse liberado con mis dos palabras.

Le creo.

Le creo.

Le creo.

Me lo repito mentalmente y es real, así lo siento en mi interior.

—¿Tienes miedo ahora, Daniela? ¿Me tienes miedo a mí?

Le miro a los ojos y niego con la cabeza, intentando transmitirle mi confianza hacia él.

—Te creo, Víctor. Confío en ti.

Provenza Francesa. Jueves 14 de Febrero.

—Despierta, dormilona.

Víctor mueve su mano sobre mi muslo con cariño mientras yo me estiro en el sillón del asiento de copiloto de su coche, viéndolo sonreír al mirarme por el rabillo del ojo.

Hace menos de dos meses que decidimos darnos la oportunidad de conocernos, compartiendo momentos juntos y, hasta ahora, todo marcha a la perfección. A los dos días de nuestro reencuentro vivimos nuestra primera noche en pareja, dándole la bienvenida al nuevo año de la mejor manera posible, el uno en brazos del otro, piel con piel. Tanto es así que hemos decidido estipularlo como norma para todos los nuevos años que pasemos juntos, y espero sinceramente que sean muchos a su lado. Aunque, bueno, como dice mi amiga Lidia, es normal que ahora todo lo vea de color rosa, pues estamos en la fase de enamoramiento inicial.

Y sí, creo que estoy empezando a enamorarme de Víctor a pasos agigantados.

—¿Ya hemos llegado? —Me froto los ojos y miro por la ventanilla del copiloto.

Me maravillo al ver el paisaje que tengo ante de mí. Un precioso y pintoresco pueblo adosado a la colina de una montaña rocosa, con una belleza realmente especial y mágica. Según lo que pone en la guía que tengo sobre mis rodillas, nos encontramos en Gordes, uno de los pueblos más bellos de Francia y con mejores vistas. Doy fe, aunque las fotos no le hacen justicia a este sitio; hay que verlo con ojos propios.

—Ya hemos llegado, ¿qué te parece? —Víctor me sonríe desde su asiento, quitándose las gafas de sol y colocándolas en la abertura de su jersey blanco de lana con cuello de pico.

Cuando me habló hace un par de semanas sobre el viaje que tenía que hacer por la Provenza Francesa, fotografiando para la revista en la que colabora los paisajes más bellos de la capital gala, me apené por no poder tenerlo conmigo durante unos días, pero dicen que no hay mal que por bien no venga y mi despido de los grandes almacenes, tras la campaña de navidad, ha servido para poder hacer este viaje con él y pasar más tiempo con mi cliente preferido, conociéndonos el uno al otro.

—¡Es precioso! —le contesto maravillada con los ojos bien abiertos.

—Tú sí que eres preciosa —rebate con dulzura, atrayéndome hacia él y besándome tiernamente.

Yo ronroneo en su boca y llevo mis manos hasta su nuca, jugando con su pelo entre mis dedos mientras me dejo llevar por sus labios.

—Daniela... —me reprende cuando una mano juguetona se cuela por su chaleco y pellizco uno de sus tímidos pezoncitos—. Vayamos al hotel, anda... —resopla cuando paso mi lengua por sus labios, excitándolo, incitándolo a continuar.

—Está bien, está bien. —Elevo mis manos en señal de rendición mientras él sonríe.

Agarro mi bolso y salgo del coche. Víctor hace lo mismo y saca las maletas del vehículo, encaminándonos hacia el interior del hotel en el que pasaremos las próximas noches.

Una vez en la habitación soy incapaz de esperar un minuto más y, pese al cansancio que me demuestran sus ojos, pues se ha pasado varias horas al volante, me abalanzo sobre sus brazos, comenzando un juego en el que ambos sabemos que no habrá vencedores ni vencidos, sino dos corazones encontrándose y reconociéndose a través de la piel.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunta en un susurro, cuando nuestros gemidos han cesado y nuestra respiración se va normalizando.

Aún me encuentro con una expresión totalmente satisfecha tras los dos encuentros carnales que hemos tenido, primero en la cama y después en la bañera. Al escuchar su pregunta, me giro en mi postura y apoyo mi cabeza sobre mi mano, de lado sobre la cama. Lo contemplo maravillada con su físico imponente, desnudo, boca arriba sobre las sábanas y con los ojos cerrados.

—¿A qué te refieres? —Llevo mis manos a su torso y comienzo a jugar con los escasos vellos que poblan su pecho, escuchando el repiqueteo de la madera en la chimenea al arder.

Él gira su cabeza y me mira, atravesando con sus ojos los míos, dejando entrever una expresión temerosa.

—A nosotros. A lo que estamos construyendo juntos. —Traga saliva y observo cómo su nuez sube y baja con el movimiento—. No hemos vuelto a hablar sobre Sofía y no sé si...

—Shh... —lo silencio, posando mi dedo sobre sus labios en un gesto cariñoso al oír el nombre de su ex mujer—. Sé que es un tema que te hace daño, Víctor, y ya te dije que tienes mi confianza absoluta.

Cada día que paso a su lado se confirma más mi teoría de que todo lo que Mateo me contó no era más que una estrategia que montaron él y ella para destrozarme a mi chico. Lidia también ayudó, cuando le expliqué lo que había nacido entre nosotros, a que no se sembrase en mí la semilla de la desconfianza, contándome la versión neutra de todo el asunto, al ser ella prima de ambos y saber de lo que Mateo es capaz.

—Lo sé. —Fuerza una sonrisa que no llega a transmitirse al resto de su cara—. Pero no puedo evitar preocuparme. No quiero que esto se estropee... No quiero que te marches de mi lado.

Me derrito de amor mientras le observo jugar con sus dedos en mi brazo, que se encuentra apoyado en su pecho. Sonríe y sé que no he empezado a enamorarme de Víctor como pensaba... Quizás hace unas semanas sí, pero ya no estoy en esa fase. Ahora sé que es un hecho. Estoy perdidamente enamorada de él.

¿Lo estará él de mí?

Confío en que eso que me transmiten sus ojos es amor, espero no estarme equivocando.

Nunca me he amedrantado cuando he tenido que reconocer mis sentimientos hacia los hombres que han formado parte de mi vida, de hecho, creo que ese ha sido el principal motivo de haber permanecido soltera tantas veces en mis veintisiete años. La mayoría de las veces que he dicho las dos palabras cruciales en cualquier relación, mi pareja en cuestión de ese momento ha salido huyendo despavorido. Parece que el gen masculino tiene una especie de alergia innata en su organismo que se activa al escuchar un «te quiero» de los labios de alguien a los que ellos consideran una buena compañera de cama, de conversación, pero no la persona que los haga sentir la cabeza y sembrar unas bases o cimientos para madurar. Aunque también he de reconocer que nunca he sentido la multitud de sentimientos que una simple caricia o una efímera mirada de Víctor desencadena en mí, por fugaz o sencillo que sea el gesto que me dedique.

—¿En qué piensas, cariño? —indaga, rozando el contorno de mi cara y observándome.

—En que quizás es demasiado pronto para reconocer cosas.

Él se me queda mirando con una cara que no sabría descifrar.

Mierda, ¿lo habré estropeado todo de nuevo? A ver qué hago ahora si huye, que estamos en Francia y él es quién tiene el coche.

—Daniela, yo...

Se calla y me vuelve a observar. Puedo ver cómo por su mente pasan multitud de pensamientos a la vez, asaltándolo y haciendo que su expresión se torne extraña.

De perdidos al río. Si tiene que huir que lo haga ya, pero yo necesito decírselo.

—Te quiero.

—Te quiero.

Los dos pronunciamos las mismas palabras a la par, quedándonos parados durante unos segundos, observando la reacción en los ojos del otro.

Terminamos rompiendo a reír, iniciando de nuevo un feliz y pletórico baile de pieles y besos que nos mantiene ocupados toda la noche...

(Casi un año después)

Valencia. Sábado 1 de Enero - 12:36h.

Me acurruco contra su costado como una gatita mimosa e inhalo el olor natural que su piel desprende, sonriendo y sintiéndome completa, feliz y en casa.

—Buenos días, cariño. —Me besa el pelo y rodea mis piernas con las suyas.

—Mmm... Buenos días —contesto con la voz pastosa por el sueño.

—¿Cómo has dormido?

Alzo la cabeza y miro el reloj de la mesita de noche.

—Las cuatro horas que me has dejado dormir, bien, pero estoy muerta.

Víctor se ríe.

Adoro el sonido de su risa, sincera y pura.

—¿Se está usted quejando de las atenciones recibidas, señorita?

—Para nada, caballero —respondo juguetona—. Pero a este ritmo nos encuentran secos en la cama.

—Sería una bonita forma de palmarla. «Muerto por amor». —Le pego un manotazo en el muslo y le riño sonriente.

—Vale, vale. No es el mejor tema de conversación para un amanecer contigo, princesa. Llevas toda la razón.

—¿Amanecer? Es cerca de la hora del almuerzo, Víctor —le rebato riendo.

Él levanta la cabeza y mira el reloj que yo he observado segundos antes. Con los ojos muy abiertos, se lleva las manos a la frente y forma una exclamación con los labios.

—¡Recórchilis, qué tarde!

—Payaso... —le regaño entretenida, pasando mis manos por su pelo.

—¡Es hora de comer! —Se remueve en la cama y se apoya sobre sus rodillas, quedándose colocado entre las mías—. Victoria, es hora de que papá se alimente, así que cierra los ojitos, pequeña.

Víctor besa mi pronunciada barriga tras hablarle a nuestra hija y se mete entre mis piernas, haciéndome ver las estrellas con pericia y técnica, explorando mi cuerpo como solo él sabe.

Cuando me he recuperado del intenso orgasmo que me ha regalado mi prometido, éste gatea por mi lado y, besando mis labios, me sonríe. Esa sonrisa sexy y sincera que me conquistó aquel día, hace ya un año... Una sonrisa dulce y que me transmite todo el amor y la devoción que siente por mí. La misma sonrisa que espero que herede nuestra hija Victoria.

El teléfono suena y Víctor se levanta de la cama, haciendo que me sienta inmediatamente desamparada sin su compañía. Lo escucho responder con monosílabos, por lo que no puedo averiguar de qué trata la conversación, ni con quién la está manteniendo.

Me recoloco en la cama adoptando una postura algo más sexy que la que tengo ahora mismo, pues debo parecer un calamar relleno desparramado en el colchón, pero es que no puedo remediarlo, me deja totalmente exhausta cada vez que hacemos el amor.

Mi moreno vuelve al cabo de diez minutos y me percató de que su semblante ha cambiado. ¿Qué ha podido pasar? Su cara me resulta totalmente indescifrable, por lo que, preocupada, le pregunto en cuanto se tumba a mi lado.

—¿Qué ocurre, cariño? —Me acerco a él y pego mi cuerpo al suyo, viendo cómo se pasa la mano por la cara y el pelo.

—No quiero que te preocupes, ¿vale? Estate tranquila.

—Me estás poniendo más nerviosa diciéndome eso. Víctor, ¿qué ha pasado? ¿Es Rafael?

—Me ha llamado mi madre y...

¿Y qué?

Me pongo más nerviosa tras su pausa, pues hace un mes tuvieron que ingresar a su tío Rafael, que es diabético, por una bajada de azúcar. Todo quedó en un susto y unos cuantos días en el hospital con un tratamiento de glucosa e insulina lo solucionaron, pero yo soy un poco tremendista y me pongo en lo peor. Las hormonas tampoco contribuyen mucho, me temo.

—Sofía le ha desvalijado el piso a mi primo Mateo y se ha largado con su socio del bufete, que es veintitrés años mayor que ella...

¡Toma ya!

No puedo remediarlo e interiormente me pongo a bailar una conga por el dormitorio, pero a simple vista intento no ser tan efusiva con mi alegría interior, pues aunque se lo merezca después de lo que nos ha hecho pasar a Víctor y a mí desde el principio, Mateo sigue siendo su familia.

—Vaya... ¡Qué faena! —consigo decir sin sonar muy conmovida.

—Tarde o temprano se termina pagando por lo que se hace, ¿no?

Me mira, me sonrío y entierro hasta la más mínima duda que pude tener sobre él, porque día a día, minuto a minuto, Víctor me ha demostrado ser un hombre cariñoso, atento y que se desvive por la gente a la que quiere. Sólo puedo dar las gracias al destino por ponerlo en mi camino y hacer que, como regalo de navidad, creyese en él, porque hoy sé que hice lo correcto.

Bueno, al destino y a mi amiga Lidia, que será la madrina de Victoria y la artífice de que yo estuviese allí esas navidades atípicas que siempre recordaré.

—Te quiero, Víctor.

—Yo también te quiero, Daniela. Os quiero a las dos.

fin

Puedes saber más de la autora en sus redes sociales:

<https://www.facebook.com/maramacbel>

<https://twitter.com/MaraMacbel>

<https://www.instagram.com/macafferreirab>

Podrás encontrar otros relatos gratuitos e información en su web:

<http://maramacbel.wixsite.com>

Y si quieres formar parte de su grupo de lectoras, donde conocerás información en exclusiva y podrás participar en numerosos juegos y premios, te espera en Las Trotamundos - Lectoras de Maca Ferreira:

<https://www.facebook.com/groups/lastrotamundos/>